



Cuento verde lima

Lima green tale

Lola González Gil

Universidad de Sevilla

Resumen: El siguiente trabajo se realiza en fomento de la promoción de la lectura y de la escritura en la sociedad del siglo XXI constituyendo una obligación ineludible de las instituciones académicas. El Plan Integral de Fomento de la Lectoescritura de la Universidad de Sevilla (PIFLUS), adscrito al Vicerrectorado de Relaciones Institucionales, tiene como objetivo acometer acciones de fomento de estas competencias desde el ámbito universitario.

Palabras clave: lectura, siglo XXI, literatura infantil, promoción

Abstract: The following work is carried out to encourage the promotion of reading and writing in the society of the 21st century, which is an unavoidable obligation of academic institutions. The Integral Plan for the Promotion of Reading and Writing at the University of Seville (PIFLUS), attached to the Vice-Rectorate for Institutional Relations, aims to undertake actions to promote these skills at the university level.

Key words: reading, 21st century, children's literature, promotion

A MODO DE PRÓLOGO.

Me han dicho que cuando un sueño no se cumple es porque no se ha soñado con suficiente fuerza. Pero esta Revista ha sido soñada con tanta energía que no ha tenido más remedio que materializarse.

Me invitaron a escribir sobre arte, sobre estupor, sobre el cuento, sobre las palabras poéticas, o sobre la estética andaluza. Y como cuando yo era niña, pegada mi nariz al escaparate navideño de la confitería de mi pueblo, me

resultaba imposible decidir qué escogería si se rompiera el cristal, así me ha sucedido ahora. Lo quiero todo, dije, pero lo haré a mi manera.

A estas alturas de la vida y en el corazón de un proyecto de Valores y Arte que he tenido el privilegio de ver nacer, puedo decir que este cuento Verdélima es un resumen de mi teoría y de mi práctica como artesana del lenguaje y aspirante a conseguir el vuelo artístico de la palabra.

Vaya este cuento en homenaje a mis maestros (considero a Amalio García del Moral Garrido uno de ellos por muchas razones), en honor de mi tierra y augurando a todos los que se sienten a leer lo que yo escribo, en medio de lo que escriben mis mejores amigos, el placer de la dicha compartida.

*Ancho es el campo, larga la vereda,
vayan los cuentos por donde quieran.*

A diario descubro que el lucero de la tarde mira por las terrazas del Aljarafe, mesetas transparentes envueltas en un sol que se despide repartiendo todos los colores del arcoiris.

Si os digo la verdad, siempre es el color naranja el que se resiste a desaparecer. Naranja denso y quemado como la terracota que impregna mi memoria desde aquellas tardes de viento pompeyano.

Un largo día de junio, sin que nadie lo esperara sucedió una cosa extraña y reveladora: mi habitación, balcón de poniente, se tiñó de verde lima, y nos encontramos viviendo en el mundo mitad real y mitad fantástico de las historias verdaderas. La primera en darse cuenta fue Gilda. Me refiero a mi borrega Gilda, regalo de un pintor amigo -una esponjosa bola del tamaño de un ovillo grande- que preside esta casa de la fantasía. Vive en mi imaginación amistosa desde antes de que clonaran a Dolly, desde muchos años antes. A veces le digo que ser borrega ahora, en el año dos mil y pico, época que (yo sé bien por qué) llamo del grillo, es algo muy diferente a serlo cuando yo era campesina, allá por la mitad del siglo veinte.

Os estaba hablando, y no quiero perder el hilo, de la tarde verde lima. Ese atardecer una luz muy fuerte volvió vivos y traslúcidos todos los libros de mi biblioteca. Se transparentaban poemas, novelas, obras de teatro o escalofríos de cuentos de suspense y se oía un rumor de preguntas de matemáticas, de mitos y símbolos o de cómo se hizo la Biblia.

Cayó sobre el naranja del ocaso un silencio elocuente que proyectó una punzada de clarividencia y me reveló de repente el significado de los versos

que cierran El Quijote. Ese poema extraño que es el más antiguo recuerdo de mi infancia libresca y prematuramente despierta a la vida por mor de la Literatura:

*Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco,
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acrecentó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.*

El verde raro y de mil tornasoles hacía salir a la superficie un millar de respuestas cifradas en lenguajes que yo podía entender sin palabras. El silencio se convirtió en una repetición sosegada de sensaciones y recuerdos.

Los libros brillaban con fosforescentes cubiertas y multicolores láminas, los folios volaban libres, cada uno al viento de sus deseos.

Desde que descubrí, como he contado en otro lugar, el Códice (un libro con veinte quilos de ilustraciones, cantos y cuentos del siglo XIII) me aficioné a los relatos poliédricos y este recinto, plaza de mis fantasías, se ha llenado poco a poco de cuentos: largos, cortos, ilustrados, para grandes y chicos, antiguos o modernos. Son relatos, cargados de palabras irisadas y de ilustraciones densas como palabras poéticas, que luchan con las antologías de la memoria y aletean sin materializarse, produciendo un choque de ansiedad agrídulce e inexplicable. Inefable será todo esto para los que no conocen los trucos de la palabra cuento.

En una casa llena de libros divertidos se resumen años y se extiende esperanzas. Hay aquí libros diminutos como cajas de cerillos, otros llegados de países lejanos, y una colección de troquelados que van desde Manolo Guardia Urbano hasta la Ratita Presumida. En la estantería poderosa como un árbol de la sierra, envejecen gozosamente ejemplares de lujo -códigos semióticos integrados como dicen los técnicos en la materia - en los que me

recreo mirando el sol de Túnez o las calles de Nueva York, más vivos en el papel que cuando aspiré de cerca sus colores y formas.

En la tarde que hoy recuerdo, la biblioteca se descompuso como un rompecabezas desparramado. Surgieron de la penumbra colores verde turquesa tamizados por neblinas rosa y violeta que se volvían instantáneamente dibujos animados. Era un ir y venir como el de las películas de ídem, con personajes míticos corriendo y saltando en el aire atónito de la tarde que provocaba un torrente de estupor por entre muebles y carpetas.

El prodigio sucedió en la habitación que es también sala de trabajo, laboratorio y cámara oscura, cocina de recetas para conjuros desde donde mando historias cinceladas a golpes de fantasía a todos los agujeros de la noche y a todos los gorriones capaces de anidar a ocho pisos de altura.

"Verde lima", recordé. Este color ya lo he visto, hace tiempo, cuando descubrí que la garganta era el centro del universo.

Lo más sabroso fue que el bocadillo de jamón serrano que a esas horas suele convertir la fantasía en realidad, se puso de pronto verde brillante como las limas del jardín de los naranjos, del color de una gominola de azúcar coloreada. Y trasminaban por el aire de la bodega olores de un fruto aterciopelado, de succulentos vinos frutales. Sucedió el prodigio por obra . y gracia de una esfera que cambiaba por momentos y que a veces se percibía como una hoja nueva y tierna del tamaño de la palma de una mano grande. La esfera era inaprensible, como aquella bolita de mercurio que quise coger cuando en vacaciones de anginas de mi primera infancia, se me rompió el termómetro.

Sin embargo, esa luz que llamo verde para acercarme a lo inteligible, te dejaba tocado por decirlo en lenguaje que todos entendemos, ya que veías en ese momento, el revés y el derecho de todas las cosas y la paz te hacía sonreír. Se producía un efecto de sabiduría muy cercano al humor que todo lo adivina, todo lo cura y todo lo sabe poner en el sitio adecuado. Una magia muy blanca y muy sutil se apoderaba de ti en el fuego extraño de aquel ocaso, tan vital como el brillo de las hojas tiernas de los naranjos cuando arrancan sus floraciones de marzo. La pantalla del monitor gritaba guiños de luz, ¿o era una esmeralda gigante, aunque un poco descolorida?

En la punta de la lengua que sin darme cuenta dejé al aire, se estremeció un escalofrío salado como las lágrimas y se pusieron como púas todos y

cada uno de mis pelos. El color había cambiado cuanto se pudiera ver, oír, oler, saborear o tocar. Entonces, la esfera proyectó su sapiencia en este refugio de los libros y los niños, haciendo saltar complicados resortes de la memoria, registros de lo actual y esperanzas, todo a la vez.

¿Qué me había sucedido? El verde lima se apagó. Empezó el cielo a pintarse de un profundo color azul zafiro al par que las estrellas engordaban como frutas transparentes y extrañas. En mi dedo anular derecho se dibujó la ilusión de un brillante, aunque no le di importancia, porque los ojos expuestos a un deslumbrante espectáculo de puesta de sol suelen acabar viendo chiribitas.

La abuela, que además de experta en atardeceres, lo es en tejer primorosas colchas de ganchillo con flores, rosas y jazmines, acompañaba la sorpresa verde batiendo claras de huevo con ralladuras de limón, que rápidamente se tiñeron de verde lima y olían a tarde en la playa.

El "bate bate" de la cocina llegaba con ritmo de salsa, y el bizcocho adquirió la forma de una hoja de parra de otro verde más joven, translucido y amarillento.

*Bate, bate, bate,
bate huevos por docenas
que es la única cosa
que en los prados verdes suena.
Bate huevos, pela papas
que nos vamos de excursión
y a este cuento le hace falta
una buena digestión.*

El estallido de acordes infantiles descorchó esencias, y del taponazo salieron a borbotones todos los hilos brillantes y espumosos del cuento que mi corazón aún no ha contado.

Un cielo bajo me atrapaba, un campo de girasoles en la lejanía de las colinas de pueblos blancos, hacía emerger palabras que rodaron cuesta abajo, hacia un cuento que forma parte de mis recopilaciones y que procuraré restaurar y rehabilitar con paciencia.

A cuantos me estáis escuchando os ruego que toméis consciencia de vuestra tarea de recreadores. Sigue sorprendiendo que el verdadero placer

de las cosas poéticas resida en la posibilidad de inventar entre todos, un mundo a nuestro gusto. Y es curioso: ¡todas las personas que cogen un libro con placer o cuentan un cuento con amor, tienen en su mano el talismán poderoso al que, en realidad, se refiere el presente relato;

¡A CONTAR SE HA DICHO!

*Y el viento me trajo un cuento
que entró por la chimenea
y salió por el tejao.
Ninguna teja se ha roto ..*

Cuando acabe empiezo otro .Esto era una vez un perro que vivía con su ama en un torreón de la muralla. Era su morada un Castillo desdentado que se orientaba hacia la frontera del país del Océano.

Los dos amigos se mantenían con lo que daba la tierra, y eran ricos porque tenían pocas necesidades y las que tenían apremiaban poco. La tierra, como sabemos los viejos, da para mucho; aunque hay gente que esto ignora por falta de tiempo. Lo cierto es que Sirio¹, el mastín extremeño, y su ama hacían buenas ollas de potaje de castañas con canela,- de las que chorreaba un hilillo de almíbar, y disfrutaban la mar de días cucándose un huevo al amanecer, calentito y recién puesto.

Todos los vecinos eran testigos de las largas caminatas de Sirio¹ y su ama por el bosque de alcornoques y encinas, y los castañares se animaban con la música de las hojas crujientes bajo los pasos de la infatigable pareja.

Os estoy presentando a dos entusiastas buscadores mañaneros de setas, porque debo decir que el bosque es un paraíso de amanitas y otras exquisiteces en otoño y primavera; y estamos hablando también de unos degustadores con mucho mundo en el paladar. Es menester imaginar el festín que se organizaba cuando asaban los sombrerillos a fuego lento de encina, con un pellizco de sal y un entrecortado chorreón de aceite de almazara. Según he sabido, el olor que trasminaba desde la candela,

¹ (El nombre del perro es el verdadero misterio de mi relato, y quiero anticipar que su sentido es cosa importante para coger el hilo de la historia. Sirio del latín "Sirius", y éste del griego "Seirios", ardiente, es el nombre de la estrella más brillante del firmamento que pertenece a la constelación de Can Mayor, situada a una distancia de 8,6 años luz de la tierra. Es una estrella doble, pues en torno a ella gravita una enana blanca que provoca irregularidades en su movimiento. No conviene perder puntada, como dicen en mi pueblo, porque el saber es bonito y apenas ocupa el lugar de ocho renglones en este caso.)

invitaba a soñar sabores entre dos luces, momento solemne en aquellos campos cuando los sabios labradores gritan pregonando su derecho a la intimidad: ¡cada mochuelo a su olivooo!

Sirio y su ama caminaban muchas horas al día y, a veces, algunas a la noche, en silencio, hablando de todo lo que merece la pena. Sus conversaciones, sin palabras, trataban de los recodos de las grutas escondidas, de los largos caminos estrellados de Santiago y de los cantos de ruiseñores en las cañadas del agua. Era corriente que no los entendiera nadie, pues hablaban en poesía (no necesariamente en verso).

Estos dos habitantes del paraíso serrano eran verdaderamente amigos. Habían conseguido comprenderse sólo con miradas, susurros y caricias. Amigos cómplices desde la altura fresca de paredes de piedra patinada por musgos y líquenes, y de veredas milenarias en las que ocurrían todas las cosas imaginables, imposibles o posibles.

Cierto amanecer, cuando apenas se habían levantado de su colchón de lana, y estaban descubriendo los débiles guiños de los cristales de la cancela del lado este, desde el manantial de berros, que gorgollaba al pie de la pared principal de su medio castillo, subió hasta ellos el lamento de un árbol:

- "Me seco, ya no daré más limas."

Era un profundo suspiro que rompió el silencio mullido de las acequias y consiguió que parpadearan los primeros rayos del sol. Sirio y su ama aguzaron el oído en todas las direcciones desde el mirador cubierto de enredaderas azules cargadas de glicinias.

Aunque podían distinguir la hondonada llena de helechos y sentir el ceño de la ribera, y aunque su vista alcanzaba el mar, más allá de las minas de oro y pirita, no acababan de dar con el que hablaba, porque la voz venía de detrás de sus narices, del cercano manantial. Y, además, los despistó un fuerte olor a bosque quemado que se hizo irrespirable, cargando sus pensamientos de temores.

El caso es que algo muy alguien se les acercó o los llevó en volandas ¿quién sabe? ¡ Una sacudida violenta! Cayeron por tierra, y un color redondo, tallado, como una esfera diamantina, los dejó sin aliento.

De repente se encontraron abajo, en el gorgollo, encantados por lo que no era árbol, ni planta ni esmeralda, sino más bien una luz líquida que contenía

todos los verdes de la vida. Era, como supieron luego, Verdomnia, un verde que desprendía su propia luz interior.

"Vengo de las estrellas" -dijo la luz- soy el jugo de los frutos y la fuerza restallante de las hojas tiernas, y en los altos cielos me he enterado de oscuros secretos."

El ama de Sirio había conseguido entender a los animales y a las plantas, aunque menos a los hombres y mujeres. Se había hecho bastante sabia por medio de sus pociones mágicas de lecturas de todos los libros pasados, presentes y futuros, y también a fuerza de poner atención y hacer un hueco a las palabras que vienen de los cuatro vientos. El lenguaje de las plantas le había llegado por el mismo inexplicable camino por el que consiguió entenderse con el perro, con el mastín blanco de manchas canela.

La bola o esfera o rayo verde, que no sabemos bien si era árbol o lucero, les contó que era responsable de la vida de los bosques, desde poniente hasta levante y que, desde la salida de sol hasta su tramontar, vigilaba los arcoiris ocultos en cada brizna de vida y luz. Cuando oscurecía, daba ánimo a las estrellas de puntas cinceladas que caen en los pozos de todos los bosques.

El cercano talismán, en sus años mozos, fue un polifacético árbol que tenía el poder de viajar entre el cielo y la tierra, y dominaba la pirámide de cristal de siete lados, reflejando los siete mundos. Pero había sido castigado con la ceguera exterior, enfermedad que consiste en ver sin ser visto, con lo que, a veces, se sentía dentro de una soledad donde se percibía insignificante, casi inexistente. Vivía bajo un hechizo que se esfumaba cuando encontraba un amigo.

Por eso el ama y Sirio estaban siendo testigos del color del árbol, aparente para ellos en su verde sin fin, pero invisible para la mayoría. Según se dice, la soledad pesa mucho y Verdomnia - nombre propio de la misteriosa esfera - estaba siempre al acecho para encontrar alguien con quien pegar la hebra, de manera que la rehiciera visible al escuchar sus recuerdos de sabiduría condensada por la experiencia.

"Siempre que puedo -les dijo- escucho las penas de los hombres y mujeres que trabajan en el campo o se vuelven majarones en las ciudades, y procuro darles buenos consejos. Pero está muy difícil la comunicación porque todos hablan y oyen ruidos pero nadie tiene tiempo para mirar y escuchar. El silencio y la serenidad son bendiciones que, sin embargo, aterran a casi todo el mundo".

Desapareció el Verde lima extraño, y quedaron el perro y su ama en el torreón de piedras y glicinias, con la sensación de haber soñado en colores, y la incapacidad de retener el sueño completo (¿Habrían estado durmiendo o sería una visión? ¡Quién sabe!) El cielo estaba tan bajo que daba la impresión de que ibas a chocar con él en cuanto levantarás la cabeza. También hay que decir que desde una hondonada de romero con flores azul lila, era posible penetrar en otros lugares donde escuchaban con entendimiento (si dejaban los músculos y capilares relajados, al unísono con el fluir de la tierra), el lenguaje musical de las esferas celestes.

Así que nuestros personajes aprendieron cosas increíbles como por ejemplo contar gotas de rocío y escribir brisas con alas de mariposas. Sirio, con ojos atentos y dulces, dijo al ama que era necesario cambiar de oficio. No podrían seguir siendo comodones ciudadanos campestres afincados en el torreón. Habían recibido un baño de luces que no podrían ocultar para su particular y exclusivo aprovechamiento.

Se imponía el compromiso social para salvar a los demás de la sequedad corrosiva. Apremiaba una noble tarea: alertar a todos los seres, humanos o no, del gran peligro que acechaba por no echarle cuenta a la tierra y a la vida. Sin lugar a dudas, era urgente rescatar sabios y salvar al mayor número de seres vivos o cosas con vida, aunque fuera preciso forzar la situación. Empezaba a resultar sofocante la irrealidad que dominaba el mundo, convirtiendo en apariencias y en sombras chinescas, o virtuales, como se dice en estos tiempos, cada latido de libertad. A partir de ahora, se pondrían manos a la obra y pensaban fundar una academia campestre, que bautizarían con un nombre de alto rango: Parnaso de los Sinónimos, por ejemplo.

En amor y compañía de gente intere-sante podrían explicar y saborear los ritmos del tiempo de la historia, del tiempo de los latidos profundos, y del tiempo de la atmósfera.

El ama acarició entre las orejas a su perro Sirio, y supo que no podría quitarle la gran ilusión: enseñarían el color verde, la sapiencia, el cuidado de la vida, el cultivo de las lluvias en los campos del cielo y la tierra, a todos los seres de buena voluntad que sorbían el tiempo como un helado de chocolate y limón. Se le pasó por alto a Sirio, y por amistad también cayó en la trampa el ama, que el lucero color verde lima, el punto fulminante, Verdomnia, la esfera que contenía todos los secretos de la vida, que había atravesado caminos orilla-dos por millares de luces, presidiendo veranos de todos los

siglos, no era una mentira soñada: era realmente un ser excepcional, un objeto mágico de primera categoría. Y les había regalado un don, pero conforme a condiciones

El donante mágico no era un árbol seco, ni un espejismo del bosque, era la energía para hacer crecer lo seco y dar color y jugo a las arenas quemadas y a las calles de humos y residuos tóxicos.

Pero también es verdad que Verdomnia dejaba un cierto tufo a experiencia en desamores; no se le podía acusar de vejestorio, pero sí de juventud evaporada ; Cuantas veces había debido ilusionarse y desilusionarse con apasionantes encuentros/ desencuentros en todas las dimensiones de la vida;

Claro que nadie escarmienta en cabeza, - ¿qué digo? -en tronco y extremidades ajenas.

Verdomnia, se olió el plan de Sirio percibiendo que el ama también andaba con un barreno en la cabeza: Vamos, que ambos tenían el propósito de contar los secretos revelados capaces de controlar dominar el mundo, a los que lo merecían y a los que no.

Cierta mañana, cuando escaparon los primeros chispazos de sol desde las montañas de la frontera, cuando empezaron a oler los hornos de pan caliente y las grullas se levantaron desde los cañaverales del lago, Verde lima surgió de nuevo.

- "Antes de ocultarme -exclamó- que esta vez será por largo tiempo, os doy una orden y tenéis que respetar una prohibición: No podéis decir nada de lo que os enseñé a la gente que corre y vuela, que busca el poder, el prestigio y el dinero por encima de todas las cosas.

Esas personas no entenderán de colores, ni de estrellas ni de palabras transparentes de viento y romero de las sierras altas, ni de playas sin más color que el diamante y el azul. Os van a tomar por poetas sin rumbo, y os harán morir sin solucionar el problema de lo que mata el ritmo del corazón. Ojo, no os vaya a engañar la prisa por hacer magia y la desbocada emoción imprudente de salvar a quien no quiere salvarse."

"PREFIERO EQUIVOCARME PENSANDO BIEN A ACERTAR PENSANDO MAL"

Cuando cayó la noche, Sirio se echó pensativo delante de los tueros encendidos, y su ama lo invitó a un cuenco de leche migada con canela.

Fuera, en el castañar, a pesar del relente, daba gusto mirar el cielo limpio que se cubrió muy pronto de caminos de luz. Los respuntes del cielo parecían reflejarse como en un espejo en la era verdinegra, lugar preferido de los bichitos de luz o luciérnagas. Esta noche, la Sierra y los valles parecían bordados por hilos brillantes, que titilaban cambiando del plata al esmeralda. Antes de irse a dormir, miraron por los cristales teñidos de rosados rescoldos.

- "Los colores de las estrellas son en realidad más variados que los de las flores del bosque ¡qué bien estamos aquí!" - soñó Sirio en alto, con un ronco ladrido.

Al alba sintieron el éxtasis que convierte un instante en eternidad: las cancelas chirriaron con armonía en muchos kilómetros a la redonda y los pájaros del nogal cantaron entre dos luces. Quedaron colgados de los celajes tempraneros los nombres de todas las estrellas y constelaciones. El mastín se agitó emocionado y pudo transmitir a su ama el estupor. No entendía, y no quería entender, al sentir que todo era bueno, el motivo de no confiar en los demás ¡ por qué iban a hacerle caso al pesimismo de la vieja luz verde lima?.

- "Seguro -pensaba el perro inocente- que esta visión fulgurante está en las últimas y me quiere parar.

(El ama ponía cara de póquer)

- "No podemos consentir que se sequen los arroyos, que la gruta deje de tener lagos de esmeraldas, que los campos de trigo y amapolas se conviertan en desier-tos o que se acabe el poleo y los berros que crecen en la Fuente el Rey Los secretos se pueden revelar si es para hacer cosas buenas".

-... (El ama callaba)

- "Además, como me enseñaron en la infancia, prefiero equivocarme pensando bien a acertar pensando mal". - Concluyó el mastín, dando un golpe con el rabo para cerrar la cuestión.

Sirio era lo que se dice un impaciente. Arremolinaba tiempos y espacios sin orden ni concierto y su lema era "melón y tajá en mano", hasta el punto que el ama lo llamaba en son de mote "Fuguilla". Quería estar en todas partes y vivir en todos los minutos, y cifraba su placer en dar - lo que fuera- y complacer a los otros, aunque su energía generosa más de una vez lo convertía en un plasta.

Desde el torreón de las glicinias permanentes, se avistaba la hondonada de la mina sembrada de miles de puntos de incandescente fulgor. Más lejos todavía, Sirio era capaz de distinguir la vaga luminosidad de las marismas, porque el perro no tenía bastante con la Sierra y soñaba con el Océano. Y como era poeta recitaba sin palabras poemas inventados no sabemos por quién. A él no le importaba eso porque había oído decir que la poesía no tiene autor ni autores, como el lenguaje, y se divertía con recitaciones como la que sigue:

*"Bajo el azul de Mayo
echo mi barca al mar
y digo a cada día:
Remad, remad.
Bajo el azul de Mayo
echo mi voz al viento
y digo a cada paso:
A Dios, A Dios.
Bajo el azul de Mayo
escucho a las estrellas
y digo a las montañas:
Al mar, al mar."*

Y las palabras que son como las cerezas, y una tira de la otra hasta enredar toda la cesta, se entrelazaban sin saber cómo y se le venía a la mente la canción de la niña chica:

*¡Ay qué ventana tan alta
ay que chorreón de nieve
ay que niña tan bonita
que su novio se la lleve,
qué resalada cuando se pone*

*el vestido de campana
con ese ramo de flores
que está que roba los corazones
Fuego, vagón maquina,
fuego que se para el tren
has de venir a la una
has de venir a las tres ...*

LA MAGA VERDE

Pasaban los días y el ama consiguió grabar en su mente y en su corazón las conversaciones con Verdomnia. Archivó muchos consejos que podían dar altura mullida a las enredaderas y limpieza a los jazmines. Utilizaba secretos eficaces y líneas brillantes de mapas - como tablas virtuales de jeroglíficos - ayudas infalibles para encontrar la esperanza en las tristezas, sobre todo para esas que ahogan y obligan a respirar con pinchazos en el estómago.

Pero, pasadas varias lunas, se negó a montar la Academia de los Sinónimos, después de varios intentos fallidos, al convencerse de que se había vuelto incapaz de soportar instituciones. La sobrecogía una repugnancia indefinible y perturbadora a la hora de ocupar cargos o representar a nunca se sabe quién. Consiguió, eso sí, unos ojos sonrientes y limpios que traspasaban todos los miedos y curaban los males, y llegó ser una maga verde muy prudente. La gente venía a: hablar con ella, al aire del capricho.

Recibía con elegante generosidad, ofreciendo limonadas con ramitas de yerbabuena o rojos vasos de sandía líquida con su correspondiente manojito de albahaca, en el fulgor del verano cuando el calor abría los nardos en las huertas de los pequeños valles entre rocas, y las chicharras serraban los riscos en la extensa siesta de agosto. O, si se presentaba la ocasión, invitaba a un blanco dornillo de gazpacho majado, con grandes cortezas de pan flotando y aún crujientes.

Con el mismo primor impecable atendía a unos visitantes en noviembre, sobre las cuatro de la tarde, alrededor de un perfumado tostón de castañas, que terminaba con una copita de aguardiente de guindas y unos casamientos de higos pasados con nueces frescas, prolongando la conversación, en los atardeceres de manzanos y granados.

En cortas tardes heladas, cuando los castaños eran haces de sarmientos grises y la tierra parecía una roca sin alma, las migas hacían la digestión, al mismo tiempo que recolingaban de los árboles juegos de luces ocre y amarillas, y los riscos impedían, al ocultar el sol, contemplar las albercas tapizadas de limo reposado.

Es curioso que en primavera alternara menos, pero el ama se debía especialmente al mastín que no paraba en casa deshecho en saltos y juegos retozando entre las jaras florecidas, anémonas silvestres, varitas de San José, nomeolvides, jaramagos y otras plantas inefables.

Pero en todas las estaciones, la acogida era su lema y el oficio que la llenaba de gozo.

Lo cierto es que, como siempre había hecho, y ahora con una madurez espléndida desde la visita de Verdomnia, no paraba un momento en su sencilla tarea de transmitir vida. Arrancaba malas hierbas, replantaba hierbas saludables; quitaba piedras y recomponía paredes de las cercas, y no perdía puntada para pasarlo bien siempre. La fantasía más disparatada se convertía, por medio de un trabajo lúcido y divertido, en realidad. Reía y narraba innumerables peripecias, por ejemplo, la lucha para conseguir el aceite de sus viejos olivos, o las aventuras para que los de la zona la dejaran injertar rosales con jazmines de Túnez.

En la pequeña vega, no le dejaban mucho sitio para más las montañas, entre abetos y rosales, hizo brotar otro manantial, un manantial que crecía sin agotarse y conseguía llegar al río contaminado por la catástrofe de la presa del vertedero tóxico, recuperando sus aguas.

En el espacio forestal de los eucaliptos, consiguió, nunca sabremos cómo, un archivo de la primavera que parecía un temblor de tierra, una revolución de las cosas ya asolanadas. Hasta tal punto llegó la magia de la campesina que convirtió cada árbol en un jardín colgante. Y los hombres y mujeres, aprendiendo de ella, se hicieron vendedores de frutas, hortalizas y flores, tejedores de lino y pintores de mundos sin estrenar, en lugar de vender maderas a la fábrica de celulosa.

El frescor del recuerdo de Verdomnia, la esfera verdelima, acompasaba el lento vivir de Sirio y de su ama; su memoria era el amuleto que inundaba los serrijones del castañar de un poder sagrado.

Pero no consiguieron volver a ver el misterio de la luz, ni oyeron más su voz trezada de susurros de bosques y limpieza seca de pájaro carpintero.

HABLANDO EN CLAVE

Sirio colaboraba, pero más que hacer arte y crear naturaleza, a él le gustaba convertir y adoctrinar a los demás con las palabras, y ganarlos para su causa pres-tando a todos servicios de amigo. Llegó a creer que conquistaría el mundo de los corazones haciendo favores o regalos, que es lo mismo a fin de cuentas.

Apoyando mutuamente para cumplir sus compromisos durante años, se atuvieron a las reglas del juego de los secretos tal como les había pedido Verdomnia. Resistieron a las tentaciones de hablar fuera de tiempo y lugar; pero, a pesar de todo, el ama se acostumbró a dar alguna que otra lección de vida mediante un lenguaje cifrado en clave de adivinanzas y trabalenguas, fórmulas de rifa, retahílas y demás repertorios potentes y divertidos.

Muchos vecinos, ya envejecidos o ambiciosos, o las dos cosas a la vez, acudían al torreón para escuchar cuentos y cantos porque se aburrían cuando la televisión fallaba, y se tomaban la tertulia como si los cuentos y palabras para jugar fueran mentiras. Pero siempre hay listos, y allí abundaban los aprovechados que estaban al quite para hacerse con la situación y sacarles a los dos habitantes del medio castillo, la mayor sustancia mágica.

Sirio, poco a poco, iba explicando a los presentes y oyentes, sus claves para dominar la naturaleza; hasta tal punto que les masticaba fórmulas y equivalencias y daba soluciones a diestro y siniestro. Era, según decían, un perro muy útil y resultaba necesario cuidarlo bien porque podría aportar soluciones a la economía de mercado.

Guardarían como oro en paño a semejante fuente de informaciones privilegiadas, a tan succulento mecanismo de contactos con la mágica naturaleza, que les garantizaba éxitos y ganancias innumerables.

- "Este perro es una joya, un talismán para pasar de la pobreza a la riqueza, o para emigrar desde la condición humilde de pueblerinos a la lucidez del saber de las enciclopedias y las técnicas" -decían-

Y se quedaban tan tranquilos.

Los tertulianos, comían y bebían en la cocina o en porche de los generosos anfitriones, hasta que se oía cantar "vamos mozos a la cama que las estrellas van altas" ...

Con el tiempo, los hombres y mujeres hablaron en secreto con Sirio y le comieron el coco para llegar a un negocio con el inquieto mastín .. El firmaría con las huellas de su mano derecha un contrato con los poderosos y los grandes del pequeño mundo serrano, pondrían a su disposición un empleo fijo y una vejez asegurada. (Esto está en casi todos los cuentos, y en la vida).

Como el que no quiere la cosa, iban dejando caer que el ama estaba vieja, que el perro era más sabio que la mujer, que estaba flaco y debía crecer más. Tanto lo mimaron y tantas cosas le dieron, que Sirio se confió, hasta que lo ataron, con el pretexto de llevarlo a ver el mar, y lo pusieron a vivir en un cortijo de lomas sin fin, dentro de una ciudad industrial de productos naturales (falseados); eso sí, con comedor privado- para perros-, y una estaca para atar mastines.

PARTE SEGUNDA Y PENÚLTIMA

He vuelto, soy la que narra el cuento que se me apareció en la memoria la tarde en que, desde un vano del octavo piso de mi torre urbana, percibí colores alucinantes en las terrazas aljarafeñas.

Lo que pasaba era que me había visitado el Verde lima. No tengáis miedo de mis divagaciones; cuando empecé el cuento hablando de libros que se traslucen y luego he interrumpido el relato, me guardaba en la manga los hilos que vamos a seguir. Este juego es como una historia metida en otra historia, etc. Y lo importante es que todo es verdad a su manera.

Un final, que yo sé y os cuento de seguida, une lo disperso. Aunque confieso que me produce temblores en las rodillas y en estos dedos que recorren el teclado del ordenador, de forma que he escrito cien haches de más y más de mil puntos suspensivos ...

Sirio, el perro mágico que trajo a mi memoria Verdomnia, es el perro guardián sacrificado y castigado por ser demasiado amigo de los hombres. Y es la estrella más brillante del firmamento (como dice la nota a pie de página, nº 1). Podemos verla a la salida y a la puesta del sol. Os recomiendo la ayuda de un mapa del cielo estrellado.

Sirio es el símbolo de todos los perros que se nos fueron un triste día sin que nadie nos diga a qué lugar hay que mirar para encontrarlos. Si os interesa saber más de él, leed el final.

¿CÓMO EXPLICAR EL ESTUPOR? ¿CUÁL ES LA VERDADERA ESTRUCTURA DE UN CUENTO MARAVILLOSO AQUÍ ESCONDIDO?

Para mí estupor es el centro de un cuento mágico y maravilloso que cada uno puede entender como quiera. Es quedarse perplejos, sin saber a qué atenerse, estar divididos entre lo real y lo fantástico, etc. El estupor consiste en suspender las 'funciones vitales cuando un golpe nos deja sin palabras.

Sirio existe. Casi nunca cuento la historia de mi amigo perro. De estas cosas tan íntimas no suelo hablar con parientes o conocidos, porque pueden pensar que la naturaleza y los largos ratos de soledad entre libros, los colores de esta ciudad en tardes de luz, y mi natural inclinación a leer el Quijote, van trastornando el cotidiano asombro en estupor enfermizo.

El Verdelima, Verdomnia, también es un ser viviente. Es un color que se puede verificar y es posible documentar en tardes de Septiembre cuando el calor ya inesperado acecha, en esta avenida que acaricia el Río Grande, mientras se dibuja en el cielo el brillo más espectacular del firmamento: la estrella Sirio.

La esfera que cabe en mi mano y no cabe en el universo, según se mire, tiene la virtud de hacer salir los cuentos de los libros, los versos de sus cuadernos, los colores y líneas de botes de pintura de minas de lápices... y enciende una viva alegría, un deseo alcanzable de no tener nada que hacer, para recibir los secretos de los días y las noches.

Por eso hizo temblar de luz todo lo escrito, hasta que llegó a tocar el más hondo de todos los relatos: el cuento de mi memoria campesina, por entre agobiantes paredes de pisos, vecinas de un puente sin tiempo, milagro del espacio. También me ha recordado el duro combate, invitándome a tareas capaces de evitar que se disuelvan luces deslumbrantes y colores genuinos.

Así que ahora tengo que ponerme de parte del bien que hace reverdecer la vida, y en contra del mal que la seca y pudre.

El triunfo del héroe, con ayudantes mágicos a su servicio, no aparece muy claro en este cuento tan clásico, pero no he querido estropear cierta neblina

que lo rodea, porque a estas alturas no estoy muy convencida de lo que quiere decir triunfar.

Y mi perro está hoy donde se está bien, en el lugar más lucido de mis emociones, y junto al sol en forma de estrella reluciente.

NARRACIÓN DEL DESENLACE

He contado el final. Que Sirio está en una constelación, que es un ser transido de luz y cosido al firmamento. Pero querréis saber cómo y por qué sucedió el prodigio

El mastín se hizo un perro adulto, crecía y crecía, tanto que la gente del pueblo empezó a cogerle miedo, y sus guardianes se sintieron un poco agobiados por la situación. Tal vez un perro como este nunca debe ver una sogá ni de lejos, pero la vida es así. Al animalito, un poco blando de corazón y duro de ideas, se le metió en la cabeza que todo el mundo era bueno y no calculaba, ni siquiera controlaba la fuerza de sus caricias, ni el afán por hacer felices a los demás.

Enseñó a muchos los secretos de los cielos. Y una noche que invitó a una tertulia sobre el medio ambiente a gente importante de la zona, y de zonas lejanas, sintió que se le aparecía Verdomnia. Del susto o de la fuerza de los recuerdos, rompió la cadena y salió disparado. Llegó en un abrir y cerrar de ojos al torreón de las glicinias.

Su ama lo quería tanto que había vivido esperando y desesperando. De momento, sin preguntarle nada, se puso a hacer dulces fritos y café negro.

Pero llegó de pronto un extraño visitante. Una tormenta de fuegos naturales y artificiales se levantó por los riscos del norte. Los chasquidos de los rayos eran como el romperse de millones de tablas del aserradero, y los turbiones de agua que seguían a los truenos rebotaban como una catarata de hilos tiesos de agua electrizada.

Al instante, una luz especial dibujó en el cielo azul oscuro la silueta de un perro, brillante guardián era su nombre, Sirio².

² El cuento dice la verdad. Recordemos la Mitología griega que dejó su impronta en los astros. Muchas son las formas de contar las andanzas de Sirio. La estrella es el ardiente y fiel perro cazador de Orión.

Y, aunque todos se disculpaban por la desaparición del gran mastín, se supo que dos cazadores llevaban escopetas y habían entrado en la casa entre ruinas del Castillo.

Verdomnia reapareció en la confusión de la tempestad desenfrenada. El ama se quedó en silencio mirando bajo las enredaderas de glicinias con destellos de aguamarinas. La esfera Verdelima temblaba al indicarle una constelación en forma de perro.

Incrustado en el cielo, en la calma que siguió a la tormenta extraña y sin tino, estaba el mastín, premiado y castigado por las fuerzas sabias a quedar convertido en puro y luminoso recuerdo permanente. El viento solano trajo noticias. Los rumores eran diversos, pero coincidían en un punto: el ama no vería nunca más a Sirio a su lado

¿Lo habían matado los cazadores porque era demasiado grande, y temían que enloqueciera? ¿Era de verdad un peligro? ¿Por qué un perrazo capaz

ORIÓN: héroe griego que pervive, también en forma de constelación, que recibe el mismo nombre. Un Héroe que merece otro relato, porque ocupa un lugar en el brillante firmamento según la transformación merecida por el encono de Artemisa. Orión nació milagrosamente de la piel de una ternera, en casa de un campesino de Beocia que había alojado en su cabaña al gran padre Zeus, a Poseidón y a Hermes. Para Homero era hijo de Minos. Corpulento y apasionado de la caza, había aprendido de Atlante, Astronomía. Afrodita, enamorada de él, suscitó los celos de Artemisa, diosa de la caza y de los bosques, que hizo salir un alacrán que envenenó a Orión. Éste sobrevivió como héroe celeste, pero no abandonó la caza.

Armado con una reluciente espada se le ve atravesar en las noches claras los espacios siderales, mientras Artemisa lo sigue envuelta en una luz plateada. Las demás estrellas y constelaciones palidecen ante él.

Su perro fiel, cazador de los cielos, es la reluciente estrella Sirio, que aparece con el sol de los tórridos finales del verano.

Sirio, desde su constelación, vecina a la de Orión, desde Can, o Canícula, perri-lla, sigue a su amo en la caza por las praderas celestes, y envía el castigo del calor canicular a los humanos que no respetan el verde de los campos.

También se cuenta que Sirio es un héroe altruista, un perro clavado en el cielo y convertido en estrella por revelar a los humanos los secretos de la naturaleza y sus ciclos.

Según las últimas noticias poéticas, en la comarca de la Sierra, de la que hablo, existió un mastín que desapareció con la tormenta, entre ruido de escopetas, y misterios de un castaño siempre verde.

. En este instante todo se me viene a la memoria, y hago uso de la erudición por si os hace falta alguna clave de interpretación de un cuento tan sencillo como lleno de entradas y salidas, según los lectores.

de sentir y pensar la amistad, no pudo vivir sus días en paz entre los campos, como feliz guardián de un torreón de la Sierra?

Los cielos, Verdomnia, o las estrellas -¿quién puede distinguir las cosas entre los siete mundos?- arrebataron al ingenuo compañero y convirtieron lo cotidiano en extraordinario.

Un día el ama sintió que lo esencial sólo se ve bien con el corazón, y contemplaba al final de cada verano un recuerdo vivo: un lucero de color extraordinario como el Verde lima de nuestra puesta de sol, que todo lo transformaba mediante el estupor.

Como es necesario argumentar en defensa de lo maravilloso en el mundo que nos ha tocado vivir, me da por pensar que el perro y Verdomnia cultivan atardeceres siempre, que todo gira y se repite, y que hoy también, mientras lees este cuento, Sirio, el guardián centelleante que acompaña al sol (o el perro que contaba los secretos de la vida a los mortales) está encendiendo otras estrellas en un cielo azul marino.

¿Habrá en el universo más estrellas que cuentos en la memoria?

Me gustaría ser como el ama, o como los libros, que saben dar sus secretos sólo a quienes tiene el valor y el poder de escuchar. Tal vez el Epílogo sea la síntesis de lo que intento dejar escrito:

EPÍLOGO

Yo tenía glicinias en la Sierra, y un mastín me acompañaba en largas caminatas al pie de las colinas de las Huebras.

El nacimiento de dos ríos regaba aquellas tierras cársticas, a un centenar de kilómetros del Océano, y mi medio Castillo se asentaba sobre una Gruta de muchos pies de profundidad.

Durante el día pensabas tocar el cielo con la frente, mi perro se sentía cerca del sol.

"Allí arriba respirabas a gusto y absorbías seguridad vital y ligereza de corazón. En las tierras altas te despertabas y pensabas: Estoy donde debo estar."